

WWW.NATIONALGEOGRAPHIC.COM.ES

OCTUBRE 2004

NATIONAL GEOGRAPHIC

ESPAÑA



Volcanes de Hawai

AL ROJO VIVO

¿QUIÉNES ERAN LOS FENICIOS?

LAS CUATRO ESTACIONES DEL ZORRO ÁRTICO

EGIPTO ANTIGUO: EN BUSCA DE DJEHUTY Y HERY

MISIÓN HISPANO-EGIPCIA EN LUXOR

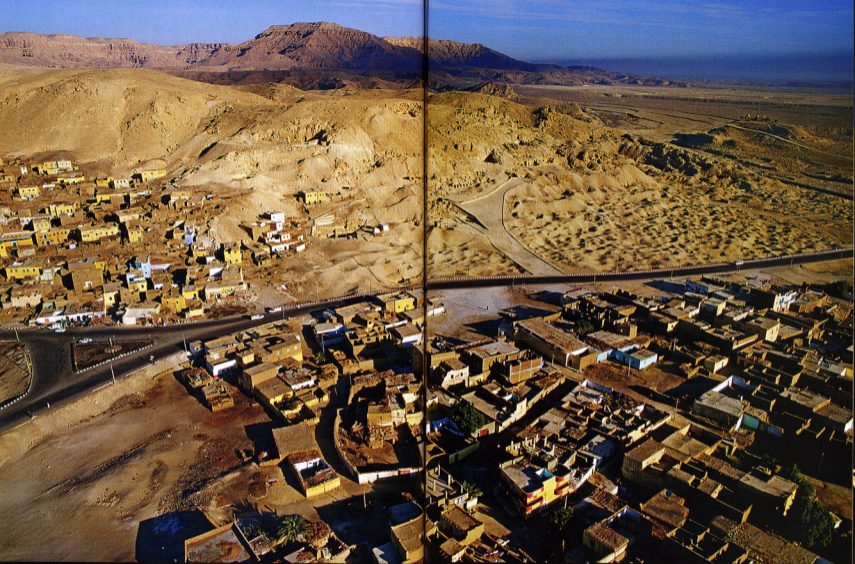
En busca de Djehuty y Herý

POR JOSÉ MANUEL GALÁN FOTOGRAFÍAS DE CARLOS SPOTTORNO

Hacia 1500-1450 a.C., dos altos dignatarios de la corte fueron enterrados en la necrópolis de **Dra Abu el-Naga**, en **Luxor**. Situado en la orilla occidental del **río Nilo**, al pie de una montaña rocosa, el lugar se había convertido a comienzos de la **XVIII dinastía** en el recinto funerario elegido por la nobleza para construir sus tumbas. Por tercer año consecutivo un equipo español ha procedido a la excavación y restauración de las **tumbas** de Djehuty y Herý. Los hallazgos están aportando información valiosa sobre estos dos personajes y su época.

Djehuty aparece representado en la puerta de entrada a su tumba, acompañado por su padre. Ambos caminan hacia el exterior para dirigir una oración al dios solar Ra, «señor del cielo y de la tierra, rey de dioses, principal de Karnak», que surge cada mañana por el horizonte de la orilla opuesta del Nilo.





Los monarcas tebanos de la XVII dinastía escogieron como lugar de enterramiento la zona más meridional de una extensa necrópolis al pie de la colina llamada Dra Abu el-Naga, cercana a Luxor, en la orilla occidental del Nilo. Los faraones de la siguiente dinastía trasladaron sus tumbas al Valle de los Reyes, pero Dra Abu el-Naga conservó un carácter ancestral y sagrado.



Un pasillo central conduce hasta la cámara más profunda de la tumba de Djehuty. Allí, los escombros acumulados a lo largo de los siglos llegan casi hasta el techo. Aun así, es posible comprobar que las paredes de la capilla funeraria fueron decoradas con relieves e inscripciones que han conservado parte de su policromía original. Es de esperar que su excavación depare grandes sorpresas.

Djehuty fue un oficial de alto rango de la administración bajo el gobierno de la reina Hatshepsut, una de las pocas mujeres que, en torno al año 1480 a.C., ejerció como faraón. Pese a la importancia que sus 22 años de reinado tienen en la dilatada historia de Egipto, todavía quedan muchos detalles por conocer y muchos interrogantes por resolver. Las paredes de la tumba de Djehuty estaban esculpidas en su totalidad con

inscripciones y relieves que se conservaban en bastante buen estado, por lo que su estudio aportaría sin duda información de gran valor sobre una época tan fascinante. Pero además, ¿qué se escondería bajo los escombros que colmataban casi hasta el techo la sala situada al fondo de la tumba, el santuario de Djehuty?

Hery debió de vivir unos 50 años antes, hacia 1530 a.C., y también fue un alto dignatario de la corte recién constituida en la antigua Tebas, hoy Luxor. Las paredes del pasillo central de su tumba, decoradas con escenas en relieve e inscripciones, prometían ampliar nuestro conocimiento sobre la sociedad, las creencias en la vida de ultratumba, las prácticas funerarias y el arte de aquella época en la que Tebas pasó en pocos años de ser una modesta capital de provincia a convertirse en la capital del reino y del Imperio Nuevo.

Una dinastía de reyes que originariamente procedía de la región de Siria gobernaba Egipto desde el año 1650 a.C. Ellos mismos aludían a su origen foráneo en algunas inscripciones definiéndose como *hicos*, «reyes de tierras extranjeras». Su capital se hallaba en un lugar en el nordeste del Delta conocido como Avaris, cuyo nombre egipcio significa «recinto de los que huyen». Allí se habían ido asentando grupos que emigraban de Palestina y Siria en busca de tierras más fértiles. Pero cien años después, hacia 1550 a.C., la dinastía de los hicos llegaría a su fin. El gobernador de la provincia de Tebas, unos 700 kilómetros al sur, decidió emprender una campaña militar para expulsar a los «intrusos» y conquistar la corona del Alto y Bajo Egipto. Para Tebas, ésta era una guerra de reconquista, pues ellos se consideraban los verdaderos egipcios, herederos de la tradición de la XI y XII dinastías que reinaron en Egipto entre 2000 y 1650 a.C., antes de que los hicos «usurparan» el trono. Además, en sus inscripciones presentaron la contienda como una guerra santa, ya que el dios local de Tebas, Amón, era quien alentaba a sus adeptos a tomar las armas contra los infieles del norte.

Avaris fue sitiada y acabó cayendo. La ciudad fue saqueada y los hicos huyeron a tierras de Palestina. Ahmosis se proclamó rey de todo Egipto, y Tebas se convirtió en la capital del reino. Ahmosis y su inmediato sucesor, Amenofis I (también conocido como Amenhotep), emprendieron además campañas militares al sur y al norte de las fronteras naturales de Egipto, asentando así las bases del Imperio Nuevo.

Pese al carácter marcadamente militar de la XVIII dinastía, iniciada por el rey Ahmosis, Hery no tuvo al parecer nada que ver con el ejército. Sus cargos lo identifican más bien como un burócrata muy próximo a la familia real, concretamente a la reina Ahhotep, madre de Ahmosis. Hery, uno de los protagonistas de nuestra investigación, era escriba y «supervisor de los graneros de la esposa real y madre del rey, Ahhotep». Las mujeres de la familia real desempeñaron un papel muy importante al principio y durante toda la XVIII dinastía. Así, tanto la madre del rey Ahmosis como su esposa, la reina Ahmosis-Nefertari, llegaron a convertirse en personajes legendarios y fueron objeto de culto en Tebas y en otros centros religiosos, como Abidos.



El supervisor de ganado de Amón y líder, Djehuty—inocente.



El supervisor del Tesoro y supervisor de los trabajos, el venerado Djehuty—inocente.

Djehuty aparece representado en la escultura policroma situada a la entrada de su tumba, junto a una extensa inscripción autobiográfica (derecha). El nombre del alto dignatario de la corte de Hatshepsut fue eliminado de toda inscripción, en un supuesto intento de borrar su recuerdo. Pero los conos funerarios de arcilla que coronaban la puerta de entrada han conservado intacta la impronta con el nombre, los títulos y los cargos que ejerció en vida (arriba).

A la zona de las tumbas de Djehuty y de Hery dedicaron apenas un mes, por lo que únicamente tuvieron tiempo de realizar un trabajo parcial y muy superficial. Así, a pesar de que su existencia era conocida desde hace 175 años, nuestras tumbas nunca habían sido realmente investigadas.

El Proyecto Djehuty es una iniciativa hispano-egipcia dirigida y coordinada desde el Centro de Humanidades del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), en Madrid. El equipo, integrado por egiptólogos y arqueólogos de varias universidades públicas españolas, ha incorporado en su tercera campaña, llevada a cabo en 2004, dos restauradores, dos arquitectos, dos entomólogos, una especialista en momias y objetos funerarios, y un fotógrafo. Un total de 17 expertos a los que hay que añadir entre 80 y 100 trabajadores egipcios.

Una tarde de noviembre de 2000 entré por primera vez en las tumbas de **Djehuty** y **Hery**. Desde Luxor había cruzado en ferry el Nilo hasta alcanzar la orilla opuesta para, desde allí, dirigirme a la necrópolis de **Dra Abu el-Naga**, a través

de un paisaje primero verde y exuberante, que después se tornaba árido y polvoriento. Me acompañaba Mohamed El-Bialy, por entonces director del Servicio de Antigüedades de la Orilla Occidental de Luxor. La tenue luz de una linterna nos guiaba por los pasillos y recovecos de las galerías excavadas en la roca de la montaña hace 3.500 años. Los escombros acumulados a lo largo de los siglos interrumpían a menudo nuestra inspección. Aun así, enseñada nos dimos cuenta de la importancia histórica que la investigación de las tumbas podría tener para la egiptología.

Coincidíamos los dos en un mismo interés por los inicios de la XVIII dinastía, la que en el siglo xv a.C. inauguró el Imperio Nuevo de Egipto. Las investigaciones de Mohamed El-Bialy para su tesis doctoral se centraban en las reinas de este periodo, y tanto en la vida de Hery (la reina Ahhotep) como en la de Djehuty (Hatshepsut), las reinas desempeñaron un papel crucial. A mí me atrajo en aquel primer momento el enorme potencial histórico que tenía el estudio de las inscripciones y escenas representadas en las tumbas. Esa misma tarde decidimos embarcarnos juntos en el proyecto de la excavación y restauración de las tumbas de Djehuty y de Hery.

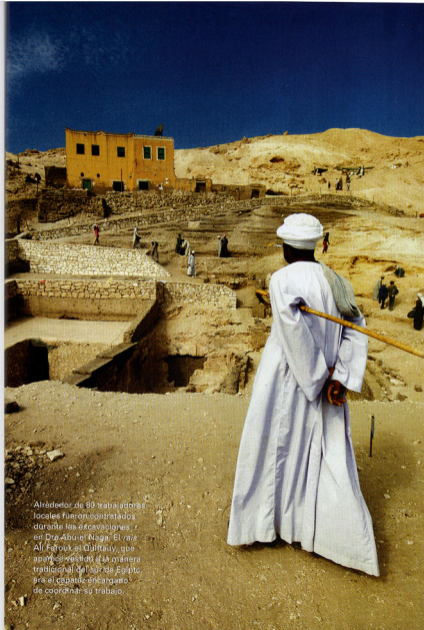
El primer egiptólogo que visitó las tumbas fue Jean-François Champollion, en 1828. En su apresurado viaje por la necrópolis tebana accedió a la tumba de Hery a través de «una caverna», la tumba destruida de un tal Nebamón. Copió una de las inscripciones, identificó a su propietario y anotó en su cuaderno la belleza y el estilo arcaizante de los relieves del pasillo. De la tumba de Djehuty no hace mención alguna, tal vez porque entonces estaba totalmente enterrada y no advirtió su existencia.

Quince años después, Karl Richard Lepsius investigó la zona. El egiptólogo prusiano entró en la tumba de Hery y también tomó nota de algunas de las inscripciones. De la tumba de



Djehuty sólo copió el comienzo de la inscripción autobiográfica de la fachada, probablemente porque el resto seguía cubierto de arena.

Fue en el invierno de 1898-1899 cuando tuvo lugar la única excavación de las tumbas, conducida por el marqués de Northampton, acompañada por los egiptólogos Percy Newberry y Wilhelm Spiegelberg. En cuatro meses y medio investigaron toda la colina de Dra Abu el-Naga.



Alrededor de 80 trabajadores locales fueron contratados durante las excavaciones, y en Dra Abu el-Naga, El *raja* Ali Farouk el Quilfaui, que aprendió a trabajar de la manera tradicional del sur de Egipto, se encargó de coordinar su trabajo.





TUMBA DE DJEHUTY

- 1 Vestibulo abierto.
- 2 Estatua de Djehuty.
- 3 Inscripción autobiográfica.
- 4 Arpista.
- 6 Puerta de entrada. Jamba con himno al dios solar Ra, pronunciado por Djehuty y su padre cuando salen de la tumba al amanecer.
- 7 Sala transversal.
- 7 Pasillo central.
- 6 Sala más profunda con escombros. Decorada en relieve policromo. Al fondo hay un nicho con tres estatuas.
- 9 Tumba intermedia de propietario desconocido.
- 10 Pozo en el vestíbulo, junto al cual se halló la momia de un mono.

TUMBA DE HERY

- 11 Vestibulo abierto.
- 12 Pasillo central.
- 13 Agujero en el suelo, por el que se accede a la galería subterránea donde se encontraron los papeles de Nebeserry.
- 14 Sala más profunda con escombros.
- 15 Tumba de Nebamón, a través de la cual Champollion accedió al interior de la tumba de Hery.





Hallazgos diversos

Durante las campañas de excavación de las tumbas de Djehuty y Hery ha aparecido una gran variedad de piezas. El vaso canopo de cerámica, al cual perteneció esta tapadera con rostro de hombre (izquierda), guardó parte de las vísceras de su dueño tras el embalsamamiento. Probablemente sea de inicios de la XVIII dinastía. Hacia 1435 a.C. se tejó esta tela de lino con una inscripción en tinta roja (derecha), que certifica que la pieza fue elaborada en el segundo año del reinado del faraón Amenofis II. La cara negra, fragmento perteneciente a un sarcófago de madera (arriba), es de la misma época que Djehuty.





Inspeccionando una galería subterránea que se abre en el suelo de la tumba de Hery aparecieron unos papeles con bocetos a lápiz de algunos relieves que decoran las paredes del pasillo. Aquellos dibujos no podían ser sino de Percy Newberry, el egiptólogo que, bajo el patrocinio del marqués de Northampton, realizó en 1899 la primera excavación de las tumbas. Los manuscritos de Newberry consultados en Oxford confirmarían la autoría de aquellos bocetos.

Djehuty fue un alto oficial de la administración bajo el gobierno de la reina **Hatshepsut**, una de las pocas mujeres que, en torno al año 1480 a.C., ejerció como faraón.

La madre de Hery ya tuvo en su día cierta relación con la familia real, como se desprende de las inscripciones de la tumba de su hijo, donde se la nombra refiriéndose a ella como «señora de la casa y adorno del rey». Por otra parte, la familia estaba marcada por el nombre del primer rey de la dinastía—el mismo que el de su esposa—, pues tanto la madre de Hery como dos de sus hermanos, e incluso su hijo, se llamaban Ahmosis.

Hery murió probablemente bajo el reinado de Amenofis I, hacia el año 1500 a.C. Por entonces, el ejército egipcio se había adentrado y luchado con éxito en tierras de Palestina y de la Alta Nubia. El Imperio egipcio, como otros muchos forjados con el fragor de las armas, tenía un trasfondo y una razón eminentemente comerciales.

El testimonio más explícito de ello lo encontramos algunos años después bajo el reinado de Hatshepsut, la esposa principal del rey Tutmosis II. A la muerte de este monarca, el único descendiente varón era Tutmosis III, el hijo nacido de una esposa secundaria llamada Isis.

En aquel momento el legítimo sucesor al trono era todavía un niño, por lo que Hatshepsut adoptó el papel de regente de su hijastro. Siete años después, la reina decidió proclamarse rey de Egipto y ejercer como tal prácticamente en solitario.

Hatshepsut envió una expedición naval al país del Punt, voz que en el antiguo Egipto designaba un lugar probablemente ubicado en la actual Eritrea, con fines comerciales. El objetivo de la expedición era buscar especias, productos exóticos y objetos de lujo, como oro, incienso, mirra, marfil, ébano, piezas de pantera y rabos de jirafa, entre otros. Como señala explícitamente una inscripción, se trataba de evitar a los intermediarios que encarecían los productos y acceder directamente a las materias primas. La expedición de Hatshepsut a este territorio incluso que Egipto fuese autosuficiente en la producción de mirra, para lo cual se transportaron hasta Tebas arbores que con cepellón para ser replantados.

La detallada narración y descripción gráfica de aquella expedición fue esculpida en las paredes del templo funerario de Hatshepsut en Deir el-Bahari. Allí, en una escena que representa el amontonamiento y pesaje de la mirra, aparece la figura de un escriba registrándolo todo por escrito. Probablemente este personaje, cuyo nombre y rostro fueron borrados, sea nuestro Djehuty.



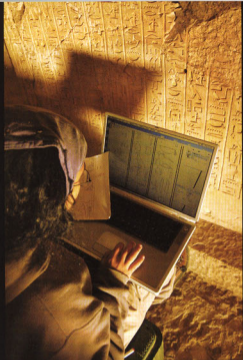
Uno de los cargos principales que ejerció Djehuty al servicio de Hatshepsut fue el de «supervisor del Tesoro». En la gran inscripción autobiográfica tallada en la fachada de entrada a su tumba en Dra Abu el-Naga, Djehuty describe las diferentes tareas que tuvo que realizar en el ejercicio de sus funciones, y la primera que señala es la siguiente: «Cuando todas las maravillas, todos los productos de todas las tierras extranjeras y las mejores maravillas del Punt estaban siendo administradas para Amón señor de Karnak [...] yo era quien lo contabilizaba, porque él me consideraba eficaz».

Djehuty desempeñó además el cargo de «supervisor de los trabajos», dirigiendo a los artesanos encargados de tallar capillas con maderas nobles y adornarlas con piedras preciosas, elaborar las puertas de los templos y decorarlas con relieves, o recubrir con electro—una aleación natural de oro y plata—dos obeliscos de 108 codos—unos 56 metros—que la reina Hatshepsut mandó erigir a ambos lados de la entrada del templo de Amón en Karnak. Todas estas tareas destinadas a ornamentar los

templos de Tebas aparecen enumeradas en su autobiografía. Muchas de esas obras de arte se han perdido y sólo sabemos de su existencia gracias a la inscripción de la tumba de Djehuty.

Los cargos oficiales de supervisor del Tesoro y supervisor de los trabajos proporcionaron a Djehuty los recursos económicos y la mano de obra cualificada necesarios para poder construirse una espléndida tumba, íntegramente decorada en relieve y pintada, con inscripciones y escenas de todo tipo, donde la composición y el detalle se cuidaron al máximo.

No sabemos con exactitud cuándo murió Djehuty, probablemente hacia el año 1450 a.C. Su inscripción autobiográfica empieza citando el nombre de Hatshepsut (Maat-ka-ra) y luego el de Tutmosis III (Men-kheper-ra), cada uno de ellos escrito dentro de un cartucho real. El nombre de la reina fue martilleado y borrado años después, como ocurriría en casi todos sus monumentos y en el de sus cortesanos más allegados. Las razones que provocaron una acción violenta contra su recuerdo aún son objeto de discusión entre los egiptólogos.



Jeroglíficos en un portátil

La egiptóloga Ana de Diego (arriba) introduce en el ordenador y procesa, mediante un programa de dibujo vectorial, los textos esculpidos en las paredes del patio de entrada a la tumba de Djehuty (derecha). Los deseos del difunto para su vida en el Más Allá sirven de colofón a la extensa inscripción autobiográfica: «Que mi recuerdo perdure sobre la tierra y mi alma (ba) pueda vivir delante del señor de la eternidad. Que ni los vigilantes de las puertas, ni los guardianes de las entradas del Más Allá la rechacen. Que ella pueda salir cuando se invoquen las ofrendas en mi tumba de la necrópolis y que sea cubierta con panes e inundada con cerveza, y que pueda beber el agua en la orilla del estanque. Que yo pueda entrar y salir igual que los nobles espíritus, los que hacen lo que sus dioses premian. Que mi buen nombre esté delante de la gente, de quienes vengan después de los años, y que ellos, en cada ocasión, me dirijan oraciones con los favores del dios de la ciudad».





Los difuntos eran transportados en barca hasta la otra orilla y enterrados, a salvo de la inundación anual, al pie o en la ladera de las colinas rocosas, tras las cuales se ponía el sol cada día.

Los antiguos egipcios tenían la creencia de que las personas podían vivir eternamente y regresar del Más Allá para interactuar entre los vivos siempre que se conservaran intactos su nombre escrito y el rostro de sus estatuas y figuras en relieve. El nombre y el rostro eran para ellos lo que identificaba a cada individuo como tal (el *ba*) y, por tanto, donde residía su fuerza vital (el *ka*). Mediante su destrucción, se borraba el recuerdo de la persona, se truncaba su vida eterna y se impedía su posible influencia sobre los vivos.

Lo interesante para nosotros es que esta *damnatio memoriae* también afectó a los más fieles colaboradores de la reina, entre los cuales se encontraba Djehuty. Su nombre fue sistemáticamente golpeado con martillo y cincel y tachado de todos aquellos lugares de la tumba donde fue inscrito.

Aunque en algunas partes se conservan trazos del nombre que permiten identificar al propietario de la tumba de Dra Abu el-Naga, son los numerosos conos funerarios hallados durante las excavaciones del patio de entrada a la

tumba los que certifican que es Djehuty quien fue enterrado allí. Los conos de arcilla median unos 20 centímetros de largo y 9 centímetros de diámetro en su base. Sobre la arcilla aún blanda se estampaba un sello con el nombre y los principales títulos y cargos que había desempeñado en vida el propietario de la tumba. Después se cocían en un horno para darles dureza y resistencia. Filas de estos conos se empotraban en las fachadas de las tumbas, sobre la puerta de entrada.

Afortunadamente los conos funerarios de Djehuty se salvaron de su *damnatio memoriae*, quizá porque, al estar moldeados en barro, carecían del carácter eterno de la piedra. O tal vez su conservación se deba a que cuando se decidió actuar contra la figura de Djehuty, la parte superior de la fachada de su tumba ya estaba derruida. En cualquier caso, en las tres primeras campañas de excavación hemos hallado a la entrada de la tumba un total de 60 conos con la impronta legible.

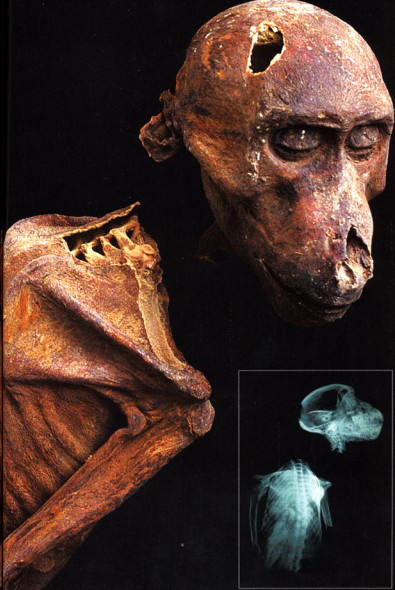
La ciudad de Tebas se levantaba en la orilla oriental del Nilo, junto al gran templo de Karnak. Los difuntos eran transportados en una barca hasta la otra orilla y enterrados, a salvo de las aguas de la inundación anual, al pie o en la ladera de las colinas rocosas, tras las cuales se ponía el sol cada día.



Mohamed and Ahmed pegan los fragmentos de una vasija de cerámica pintada hallada en el exterior de las tumbas (página anterior).

En un pozo cavado sobre la tumba de Hery en época saíta (hacia 600 a.C.) se

depositaron grandes vasijas que contenían telas o cereal (izquierda), así como saquitos de lino con sales empleadas en la momificación. Algunas vasijas han conservado las cuerdas originales anudadas a sus asas (abajo).



Babuinos sagrados

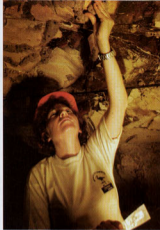
Las creencias egipcias en el Más Allá contemplaban no sólo la momificación de seres humanos sino también la de algunos animales considerados sagrados, como gatos, aves, cocodrilos y monos. Junto al pozo del patio de una tercera tumba situada entre las de Djehuty y de Hery apareció la momia de un babuino (derecha). Salima Ikram, especialista en momificación de la Universidad Americana de El Cairo, la examinó detenidamente. El interior del cuerpo había sido vaciado y posteriormente relleno con tejido de lino (arriba).





Otros inquilinos

En la tercera campaña, Isabel Izquierdo y Carolina Martín, entomólogas del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, localizaron al menos cuatro especies de himenópteros en el interior de las tumbas, así como otras especies de insectos entre los pliegues del sudario de la momia y dentro del sarcófago de madera. También se instalaron trampas de luz para capturar especies de hábitos nocturnos (arriba). Asimismo, se tomaron muestras de los nidos de barro construidos en los techos por avispas alfareras (derecha). De este modo, las tumbas se convirtieron en un laboratorio multidisciplinar.



Al construir sus tumbas en poniente, los difuntos pretendían unirse al Sol en su viaje por debajo de la Tierra y renacer con el astro a la mañana siguiente.

Los reyezuelos tebanos de la XVII dinastía, que en realidad eran poco más que gobernadores de provincia, se enterraron en la zona más meridional de la extensa necrópolis, en una colina que hoy recibe el nombre de Dra Abu el-Naga. Los faraones de la siguiente dinastía, que ya gobernaban sobre todo el Alto y el Bajo Egipto, acabaron escogiendo como lugar de enterramiento el famoso Valle de los Reyes. Pero, por aquella época, los monarcas de la XVII dinastía eran percibidos como reyes legendarios, y Dra Abu el-Naga fue adquiriendo un carácter ancestral y sagrado. Muchos de los nobles y personajes importantes de inicios de la XVIII dinastía excavaron sus tumbas en ese lugar. La alta densidad de sepulturas en la colina hace que en ocasiones estén pegadas unas a otras, separadas sólo por un estrecho muro de piedra y adobes que delimita la anchura de los patios de entrada. Éste es el caso de nuestras tumbas, que incluso acabaron estando conectadas entre sí por dentro.

La tumba de Hery, construida poco antes de 1500 a.C., tiene una forma un tanto peculiar. Consiste en un pasillo de 7 metros de longitud, 1,65 de anchura y 2 de altura, que termina en

Al excavar por encima de la entrada a la tumba de Hery apareció la base de una pirámide. Se trata de la más antigua construida para un particular, es decir, para alguien que no era rey.

una gran sala con un pilar en el centro, tallado en la propia roca de la colina. La sala apenas conserva restos de decoración, pero las paredes del pasillo todavía muestran buena parte de las inscripciones y escenas en relieve originales. La pared de la derecha incluye, además de portadores de ofrendas, una bellísima escena de caza en el desierto en la que el artista captó el momento en el que Hery tensa su arco y apunta su flecha hacia una gacela que trata de huir; mientras, un súbdito le ofrece más flechas y uno de sus perros está ya dando alcance a otra presa.

En la pared izquierda se representan distintos momentos de la procesión funeraria: el paso del río en barca, la recepción del cortejo por parte de sacerdotes que realizan una danza ritual de bienvenida a la necrópolis, y distintas imágenes del Más Allá con el dios Osiris, rey de los muertos, y el dios Anubis, encargado del embalsamamiento y el cuidado del cuerpo del difunto. Junto a estas escenas aparece Hery acompañado de su familia, en un banquete organizado en su honor. Los comensales,



sentados detrás de mesas repletas de viandas, son representados oliendo una flor de loto, para captar así la capacidad de esta flor de «renacer» cada mañana con los primeros rayos de sol.

Un elemento arquitectónico de enorme interés fue otro de los hallazgos de la tumba de Hery. Al excavar por encima de la entrada apareció la base de una pirámide. Los lados se construyeron con bloques irregulares de piedra caliza recubiertos con mortero, enlucido y blanqueado por la parte exterior. La longitud e inclinación de los lados permiten suponer que tendría unos seis metros de altura.

La importancia del hallazgo radica en el hecho de que se trata de la pirámide más antigua construida para un particular, es decir, para alguien que no era rey. Desde hacía mil años las pirámides habían sido un elemento exclusivo del conjunto arquitectónico funerario de los faraones. Siguiendo la tradición, los monarcas de la XVII dinastía enterrados en Dra Abu el-Naga coronaron sus tumbas con una pirámide (un equipo del Instituto Arqueológico

Alemán ha hallado recientemente la base de una de ellas a escasos cien metros de la tumba de Hery). Pero los faraones de la siguiente dinastía, al pasar a enterrarse en el Valle de los Reyes, abandonaron su uso. Fue entonces cuando los nobles se hallaron en disposición de adoptar la pirámide para realizar la entrada de sus tumbas. Así, la pirámide de Hery es el «eslabón perdido» entre la pirámide real y la proliferación de pirámides en tumbas de particulares.

Entre las tumbas de Hery y de Djehuty reconocimos una tercera sepultura, datada también de comienzos de la XVIII dinastía. En algunas esquinas quedan restos de estuco con decoración pintada, pero hoy las paredes están en su mayor parte desnudas. Todavía no sabemos quién fue su propietario, pero a juzgar por los conos funerarios hallados en el patio de entrada, contamos con dos o tres firmes candidatos.

La tumba de Djehuty, construida en torno a 1450 a.C., mide 14 metros de largo y posee la típica planta de las tumbas de la época, en forma de T invertida: tras una amplia sala transversal, un largo pasillo conduce a una



En la excavación del exterior de las tumbas de Djehuty y Hery (arriba) se hallaron varios cuerpos momificados pertenecientes a distintas épocas. Para proceder a su estudio minucioso, el vestíbulo de la tumba de Djehuty fue habilitado como sala de rayos X (izquierda).

El lugar donde fue enterrado el faraón Ahmosis, fundador de la XVIII dinastía, aún no ha sido descubierto. Pero el hallazgo en la tumba de Djehuty de este fragmento de alabastro con el nombre del monarca podría indicar que su tumba se encuentra en algún lugar cercano.



capilla o santuario dedicado a la memoria del difunto y de su familia más próxima.

La fachada y las paredes laterales del patio de entrada a la tumba están esculpidas de forma realmente excepcional para la época. A la derecha de la puerta se conserva en estado casi perfecto la gran inscripción autobiográfica mencionada anteriormente.

Al otro lado de la puerta, Djehuty aparece pronunciando una extensa oración a Amón-Ra, el dios surgido de la fusión de la divinidad local de Tebas y la divinidad solar, creadora de la vida sobre la tierra. Su servicio y fidelidad al monarca y su piedad religiosa son los argumentos esgrimidos por el difunto para hacerse acreedor de una vida eterna y plena en el Más Allá. Así, en una de las paredes laterales del patio de entrada, aparece sentado ante una mesa de ofrendas provista de ungüentos y telas de lino. El banquete es amenizado por un arpista y dos mujeres que marcan el ritmo con sendos sistros y entonan la siguiente canción: «Cantándote a ti, mientras tú te sacias con

lo que te otorgan Amón-Ra y Hathor, la [diosa] principal de Tebas; que ellos te concedan el dulce aliento de la vida».

El difunto deseaba poder entrar y salir de su tumba para disfrutar de las ofrendas que le eran depositadas sobre el altar. Tal aspiración quedaba reflejada en los relieves a ambos lados del vano de entrada a la tumba. En uno de ellos, con restos de la policromía original, aparece Djehuty acompañado de su padre, representado a menor escala. Ambos caminan hacia el exterior para dirigir una oración al dios solar Ra, «señor del cielo y de la tierra, rey de los dioses, principal de Karnak», que surge cada mañana por el horizonte de la orilla opuesta del Nilo.

En las paredes del interior de la tumba se esculpieron diversas escenas de carácter funerario o alusivas a la vida en el Más Allá: un fastuoso banquete familiar, una cacería de

patos y pesca con arpón en los cañaverales, una cacería de gacelas y avestruces con arco y flechas, una peregrinación por el Nilo hasta Abidos para visitar el santuario de Osiris, rey de los muertos, y distintos momentos del ritual de apertura de la boca del difunto.

Al igual que ocurre en la tumba de Hery, la cámara interior de Djehuty está colmatada de escombros casi hasta arriba, los cuales cayeron por dos agujeros del techo de la sala. Uno de ellos conecta con otra tumba excavada más arriba de la montaña, cuyo suelo se hundió en parte derribando el techo por una esquina. El otro pudiera ser un acceso desde el exterior abierto por antiguos saqueadores. El metro escaso que queda entre los escombros y el techo permite comprobar que las paredes de la cámara están esculpidas con relieves e inscripciones.

Esperemos que los escombros hayan protegido la decoración y que cuando en las próximas campañas excavemos esta sala, un verdadero santuario dedicado a la memoria de Djehuty, nos guarden grandes sorpresas. □



Este *ushebti* de madera, pintado en vivos colores, apareció junto a la tumba de Djehuty. El texto escrito en columna en la parte central del cuerpo identifica a su propietaria como una «cantante de Amón», que debió de vivir hacia 1200 a. C., en época del faraón Ramsés II. Los *ushebti*s eran figurillas que acompañaban al difunto en el Más Allá para hacer de sirvientes en las tareas agrícolas menos gratas del Paraíso.

PROYECTO DJEHUTY MISIÓN HISPANO-EGIPCIA EN LUXOR

El hallazgo de la Dama Blanca

Sorprendente, y en parte inesperada, ha sido la cantidad y la calidad de los objetos provenientes de ajuares funerarios de distintas épocas que hemos ido encontrando a lo largo de las campañas sucesivas. Tal variedad y abundancia probablemente se deba a que, al estar las tumbas ubicadas al pie de la colina, muchos objetos sustraídos de ellas, ya fuera por los propios egipcios en época antigua, por ladrones en distintos periodos e incluso por los primeros egiptólogos del siglo XIX, acabaron depositados sobre los patios de entrada.

Sin duda, el hallazgo más espectacular de la segunda campaña (2003) fue la Dama Blanca. El 30 de enero, poco después de las siete de la mañana, uno de los trabajadores egipcios empezó a desenterrar los pies de la tapa de un sarcófago de madera en medio del patio abierto de la tumba de Djehuty. Un par de horas después habían salido a la luz los brazos cruzados sobre el pecho de una figura momiforme tallada en la tapa del atadú, con las manos abiertas y los dedos juntos, muy finos y bien extendidos. Y finalmente apareció la cabeza del sarcófago, conservada en bastante buen estado a excepción de la punta de la nariz, que falta. Al desenterrar la parte inferior de la caja del atadú observamos que las espigas de madera que unían la tapa a la caja se hallaban en su sitio. Esta circunstancia auguraba muchas probabilidades de que el sarcófago hubiera permanecido cerrado, intacto, y por tanto con la momia dentro. La excitación entre los miembros del equipo fue creciendo por momentos.





Retiramos la tapa del **sarcófago** y descubrimos en su interior una

momia humana envuelta en un **sudario** de **lino** y atada con cintas.





La pieza presentaba algunas grietas, por lo que acometimos una sesión de consolidación de la madera, aplicando tiras de papel japonés humedecidas con un consolidante. Debíamos actuar con premura para dejar la pieza a buen recaudo dentro de la tumba al finalizar la jornada, antes de las cinco de la tarde. Y a la vez teníamos que registrar toda la información posible y actuar con la máxima precaución para no dañar el sarcófago y evitar que las maderas se abrieran por las fisuras cuando lo levantáramos del suelo. Trabajamos a contrareloj durante todo el día.

El sarcófago perteneció a una mujer que creamos vivió a finales de la XX dinastía o inicios de la XXI, es decir, hacia el año 1000 a.C. Medía 183 centímetros de largo, 50 de ancho y 45 de alto. La parte exterior presentaba una fina capa de pintura blanca muy suave. Sólo el contorno de los ojos de la cara tallada en la tapa había sido pintado en negro, lo que dotaba a la pieza de un aspecto de elegancia y serenidad.

Para la apertura del sarcófago decidimos esperar la visita del doctor Zahi Hawass, director del Consejo Supremo de Antigüedades de Egipto, que llegaría al cabo de dos días procedente de El Cairo. Aquellas dos jornadas fueron cruciales para concluir la consolidación y limpieza del exterior del ataúd, y para documentar y fotografiar la pieza antes de su

posterior manipulación. Ante la atenta mirada de Hawass y sus acompañantes retiramos la tapa con éxito, sin dañar la madera, y descubrimos en el interior una momia humana envuelta en un sudario de lino ceñido al cuerpo y atado por unas cintas a la altura de los tobillos. Éramos los primeros en volver a ver a la Dama Blanca 3.000 años después.

La pieza permaneció durante un año en el almacén del Servicio de Antigüedades junto a la antigua casa de Howard Carter, camino del Valle de los Reyes. En la siguiente campaña contamos con la colaboración de Salima Ikram, experta en momias y en equipamiento funerario de la Universidad Americana de El Cairo. Salima estudió el sarcófago de madera y la momia y realizó una serie de radiografías que indican que se trata de la momia de una mujer de entre 25 y 30 años de edad, de 1,64 metros de estatura.

Cuando concluimos la última campaña (2004), la dama volvió a su reposo en el destartado almacén y el equipo regresó a España, con el equipaje lleno de polvo, nuevos datos e interrogantes, y con la mirada puesta en la próxima campaña, que promete adentrarnos un poco más en el universo de nuestros dos protagonistas, Djehuty y Hery, y en los secretos celosamente guardados en lo más recóndito de sus tumbas. □



PROYECTO DJEHUTY

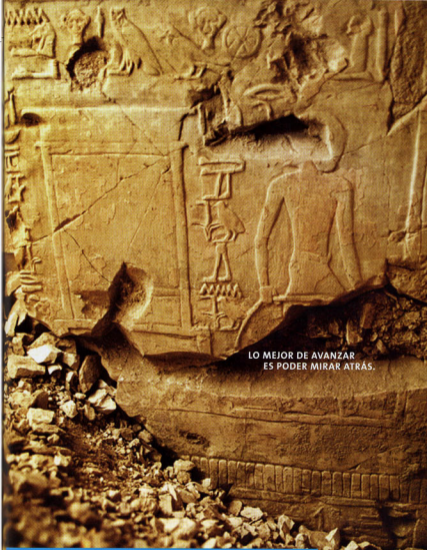
Españoles en el valle del Nilo

Un equipo formado por 17 especialistas y cerca de 80 trabajadores egipcios acometió a principios de 2004 la tercera de las campañas arqueológicas realizadas en las tumbas de Djehuty y Hery, dos altos dignatarios que vivieron a comienzos de la XVIII dinastía y fueron enterrados en la colina de Dra Abu el-Naga, cerca de Luxor.

El proyecto Djehuty, una misión hispano-egipcia dirigida desde el CSIC, cuenta desde su puesta en marcha, en el año 2000, con la financiación de las entidades privadas Telefónica Móviles, Fundación Telefónica y Fundación Caja Madrid, así como con la colaboración de la Asociación Española de Egiptología. «Las campañas anuales de trabajo de campo suelen durar seis semanas, entre enero y febrero —explica José Manuel Galán, director del proyecto—. El resto del año se estudia toda la información recopilada durante esas intensas jornadas de trabajo.»

La primera campaña tuvo lugar en 2002 y se centró en documentar el interior de las tumbas mediante planos, dibujos y fotografías de las diferentes escenas e inscripciones. A lo largo de las tres campañas realizadas se han despejado los patios de las tres tumbas contiguas. «La variedad y abundancia de hallazgos es sorprendente —afirma Galán—. Probablemente se deba a la ubicación de las tumbas al pie de la colina, donde muchos objetos procedentes de otras sepulturas situadas por encima acabaron depositados sobre los patios de entrada.»

CARLOS SPORTELLO (2004)



LO MEJOR DE AVANZAR
ES PODER MIRAR ATRÁS.

Telefónica Móviles patrocinador principal del proyecto Djehuty.

Una compañía de comunicación móvil siempre mira hacia el futuro. Una compañía comprometida con la sociedad además mira a su alrededor. Por eso Telefónica Móviles se implica en iniciativas de carácter social y cultural.

www.telefonica.es/accion

Telefónica

Móviles